

asimétricos para el ensayo y la repetición de las formas típicas y atípicas de organización política: oligarquías, monarquías, aristocracias, plutocracias, democracias, tiranías y demás modalidades de lo político van desplazándose, interfiriéndose o mezclándose en las sucesivas «polis» y geografías políticas creadas por los griegos desde el Asia Menor a la Magna Grecia, y con Alejandro y sus sucesores hasta el Oriente Medio y el Africa mediterránea Oriental. Roma, en este sentido, inventará sólo la dictadura, y el Medievo el feudalismo. Con las «polis» italianas y el Renacimiento las instituciones políticas griegas cobrarán nuevo vigor, mientras que en el campo doctrinal las teorías políticas griegas habían sido reacuñadas y rigurosamente universalizadas por el tomismo desde la entraña misma de la Edad Media y transmitidas al pensamiento contemporáneo como parte general de la «philosophia perennis».

Cuatro etapas básicas describe Mossé: Origen jónico y Grecia «medieval»; la revolución sofista: la Grecia clásica del siglo IV; época helénica y difusión posterior. A la descripción acompaña siempre la explicación *ex causis*: vemos así cuáles son los diferentes factores básicos (geopolíticos, analíticos, demográficos, socio-económicos, socio-culturales, etc., tanto coyunturales como institucionales y tanto intrasistemáticos como exógenos) que van induciendo y determinando en cada momento la praxis y la teoría política surgida en cada área cultural o geográfica.

El libro es denso en doctrina y, pese a su parquedad deliberada en la referencia de fuentes y bibliografía, trasluce una estupenda información de primera mano y sobre todo una sorprendente capacidad crítica y sistemática. Grecia fue, en efecto, un «laboratorio» ideal para el ensayo y el cultivo de casi todas las modalidades políticas que aun hoy siguen informando la convivencia mundial. Y sus teóricos (historiadores, políticos en activo, filósofos, retóricos, etc.) supieron verlo en profundidad y legarnos una rica herencia mental.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

McNEILL, William H.: *El mundo contemporáneo*. Paidós. Buenos Aires, 1970. 303 págs.

Sugestivo es el título de este libro en el que William H. McNeill, de la Universidad de Chicago, ofrece un profundo análisis de los principales acontecimientos históricos, sociales, culturales y artísticos ocurridos desde la Primera Guerra Mundial y sus consecuencias, en una primera parte del libro que comprende de 1914 a 1921; la Segunda Guerra y sus consecuencias (1939-1949), la crisis de la posguerra, y tendencias sociales y culturales a partir de 1939. A lo largo del libro y en el momento cronológico correspondiente va exponiendo el autor los datos biográficos de los personajes más representativos (por ejemplo: Lenin y Wilson, Eliot y Picaso, Freud y Einstein, Hitler y Mussolini, A. Speer y J. Monnet, Chiang Kai-Shek y Mao Tsé-Tung, Juan XXIII y Gandhi) y de mayor influencia en los distintos aspectos de los acontecimientos a que se contrae el libro.

Las resonancias del disparo de Sarajevo señalaba, con el comienzo de la Primera Guerra Mundial, una debilidad fundamental de la sociedad de Occidente: que la división de Europa en sistemas de alianzas que mantenían un delicado equilibrio significaba que la perturbación en un punto cualquiera del mundo hallaba eco casi inmediato en otras grandes Potencias, de modo que cada crisis local se convertía automáticamente en una crisis mundial o, por lo menos, europea. Y como nadie estaba dispuesto a manifestar miedo o debilidad, la crisis se transformó rápidamente en la Primera Guerra europea. La movilización creciente, la «escalada» de viejo estilo (hallar nuevas alianzas y complicar en la lucha a los neutrales), la intensificación del esfuerzo bélico, la intervención de los Estados Unidos, la incorporación ideológica a la guerra hecha por la Revolución rusa, eran todos otros tantos problemas de honda repercusión en la paz y sus consecuencias, que se reveló en seguida del armisticio y las primeras negociaciones y después en la Conferencia de Versalles. La primera cuestión, y en cierto sentido la fundamental, fue la condición política de Europa Central y Oriental, y el primer problema político de Europa fue el trazado de la frontera entre las formas leninista y wilsoniana de gobierno, el problema de los nacionalismos (el turco, el judío), el problema del Lejano Oriente en el que, finalizada la guerra, los Aliados, sobre todo los Estados Unidos, comenzaron a afirmar sus intereses con mayor energía.

Lo cierto es que el choque leninismo-wilsonismo que pareció claro en 1917, sobrevivió modificado y apaciguado a todos los compromisos políticos a medida de los arreglos de paz. Ni la revolución democrática ni la sociedad socialista se habían completado. El problema político fundamental del mundo de la posguerra vino a ser la posibilidad de florecimiento y mutua interacción de ambas concepciones.

Pero los dos programas y campos rivales para el mundo enunciados por Wilson y por Lenin continuaron compitiendo por el consentimiento de toda la Humanidad. No obstante, pronto ambos ideales sufrieron grandes deterioros por la influencia de la atmósfera política (la interior en los Estados Unidos, con la petición de la vuelta a la «normalidad», y la división de las fuerzas comunistas, reduciendo la probabilidad del éxito revolucionario). La rápida recuperación alemana, el mundo colonial y las experiencias sociales y políticas de Rusia, Italia, el keynedismo económico, las reacciones norteamericana, alemana y soviética, y, sobre todo, del Japón; y, por último, Hitler y el nazismo, Roosevelt y el new deal, la autodesconfianza francesa y las esperanzas inglesas, la desconcertante actitud rusa de Munich, fueron aproximando la mecha al fulminante que estalló en 1939 con el ataque alemán a Polonia y la declaración de guerra por parte de Francia e Inglaterra. El conflicto, que empezó como una gran guerra europea, pronto se extendió (como la guerra anterior de 1914-1918) hasta convertirse en la Segunda Guerra Mundial, que ha señalado otro marcado capítulo en la historia del siglo xx.

Cuando comenzó la última guerra nadie previó sus consecuencias. Terminada la contienda, el Presidente Roosevelt y sus asesores consideraron muy importante corregir los errores de Wilson proponiendo la

creación de la O. N. U., cuyos acuerdos iniciales expresaron claramente la impronta del idealismo norteamericano de crear un mundo pacífico regido por el Derecho. Pero pronto se comprobó que el esfuerzo para concluir la guerra concertando tratados de paz con las naciones derrotadas era particularmente difícil por las discordias que desde Postdam fueron acentuándose entre los «aliados» de la guerra. El problema de Berlín (aún sin resolver), el aumento del poder comunista en Europa Oriental, el clima cada vez más denso en Alemania, China y Japón; el fin del imperialismo colonial, el problema de la partición de la India, el desmantelamiento del Imperio británico; el conflicto, que sigue en su mayor fase aguda, de Palestina y los judíos, etc., crearon un nuevo «orden» ante el que los Estados Unidos no tardaron en reaccionar, adoptando medidas especiales y extraordinarias (tales como el celebrado Plan Marshall) para contener el avance del poder ruso, poniendo a disposición de las naciones europeas sumas elevadas de capital norteamericano y gran cantidad de mercancías. El plan de recuperación tuvo un éxito abrumador. Rápidamente la recuperación económica europea sobrepasó los niveles de pre-guerra casi en todas las partes.

El retorno del poder norteamericano al continente europeo fue dramático para Stalin, quien se esforzó también por afirmar su control sobre los Gobiernos satélites de Europa Oriental, dedicándose, tanto los rusos como las Potencias occidentales, a organizar sus respectivas zonas de «influencia», que por parte rusa se han convertido en descarada y despótica dominación «manu militari», de lo que son ejemplo patente los casos e invasiones de Hungría y Checoslovaquia y las fulminantes amenazas a Rumania y Polonia.

Esta rivalidad y la carrera armamenticia de las superpotencias es la que marca el signo de la crisis de la posguerra que ha venido pasando por períodos más o menos agudos de «guerra fría» y de coexistencia que dista mucho de la deseable convivencia que es indispensable entre los pueblos como entre los hombres, si quiere hablarse, sin que ello suponga una trágica burla para la Humanidad, de paz entre las naciones.

El panorama político se mueve en la actualidad en la guerra ideológica, el aseguramiento de «zonas de influencia», tan disputada en carrera de audacia y de sorpresas, y de un equilibrio que muchas veces se ha roto, se está rompiendo dramáticamente como en el conflicto de Corea, la desestalinización y el maoísmo, la guerra de Indochina, el Oriente Medio, Africa con sus ingentes problemas de la descolonización un tanto precipitada y «jugando» a aprovecharse más que a atraerse de la ayuda de las dos grandes potencias mundiales, y ese hirviente mundo de Iberoamérica que tanto, y con razón, preocupa al mundo occidental hispánico y a los Estados Unidos y al que hay que buscar una «salida», sobre todo social, si no quieren verse abocados a grandes y contagiosas revoluciones, de las que ya hay alguna «muestra» que rápidamente se extendería.

¿El camino hacia el futuro? Con este panorama mundial es difícil de pronosticar. Pero la oposición entre el comunismo y la democracia, el nuevo dinamismo de Europa, la inestabilidad política de los pueblos descolonizados y la no más firme situación política de la América Latina

son hechos harto elocuentes para permitir pronosticar, al menos sin grandes riesgos de equivocarse.

En medio de estas incertidumbres, «la probabilidad de que el mundo acepte la solución democrática norteamericana o la represión de los marxistas parece muy remota»; en cambio—dice William McNeill—, «podemos anticipar que las conmociones, luchas, malentendidos y crisis continuarán sofocados o modificados quizá por la forma temible de la nube atómica que ahora planea sobre toda la Humanidad». Un factor que puede ser decisivo en este futuro incierto es la sorprendente aproximación chino-americana que parece iniciarse y cuyas consecuencias pueden ser insospechadas para todo el mundo.

Como «tendencias sociales y culturales a partir de 1939» considera el profesor de Chicago el creciente predominio de la ciudad, la reacción (evolución y revolución) del campesinado, el cambio del papel de las fuerzas militares con su creciente influencia como instrumento de modernización política y técnica, como institución nacional, social y política y como «grupo de presión» sobre la política nacional e internacional; la división poseedores-desposeídos, el contraste entre los mundos comunista y no comunista, que lleva consigo la variedad de estructuras sociales y políticas mundiales.

En el panorama cultural es indudable el progreso de las ciencias (átomos, genes, el cerebro electrónico), las ciencias terrestres y los asombrosos adelantos especiales, las artes visuales y la literatura en la que se advierte una distinción amplia y básica entre los estilos comunistas y no comunistas; la filosofía (aquí son también notorias las diferencias entre los dos mundos actuales—comunista y no comunista—cuando ya el primero ha hecho de la filosofía una única filosofía: la filosofía oficial, a la que ha convertido en una «teoría del Estado»).

En el dominio del pensamiento social es muy profundo el contraste entre el dogmatismo marxista-leninista, con su concepción histórico-materialista de la historia, y el pluralismo del mundo no comunista (y no decimos capitalista). El autor reconoce, no podía menos de hacerlo, el espíritu ecuménico del Concilio Vaticano II, con la gran influencia del Papa Juan XXIII, que es un poderoso factor en las tendencias no sólo religiosas, sino socio-culturales de nuestra época.

Por lo que se refiere a las «perspectivas actuales del mundo contemporáneo», tan profundamente agitado y conmovido, el autor se sitúa en un prudente eclecticismo: no pueden ser ni la desesperación que nada resuelve ni la ingenua confianza ante tantas acechanzas y peligros que rondan por doquier y ante los intereses encontrados de todo orden que son las grandes palancas de la época actual tecnológica. Pero «no ha habido—dice—época más emocionante que la nuestra y ninguna ha reclamado más imperiosamente la presencia de las figuras heroicas».

EMILIO SERRANO VILLAFañÉ.